

## LA CRITICA CREADORA DE LUIS ROSALES

Desde 1940 hasta 1972 —y lo que te rondaré, morena— Luis Rosales ha sentado cátedra en su casa de Altamirano, 34. Cátedra sin cátedra o asiento magistral. Por libre. La libertad —incluidos irregularidad y capricho en la suma responsabilidad de la persona— ha sido oficio y tema central del vivir y el pensar de Luis Rosales. La libertad accesible y comunicante. No encerrada en torre de marfil. La libertad pródiga. La libertad ensayada, tanteante, propuesta, crítica, misionada.

¿Es posible ser libre desde un libro? Rosales ha escrito libros e incluso uno entero sobre la libertad, incluido, aunque separable, en su obra más vasta. Pero la libertad no es pensamiento acuñado, sino ejercicio del pensamiento en apertura. No es dicho, sino hecho. No es tesis, sino vida. En un libro, el más liberado de los libros o la más abierta de las lecciones magistrales, el autor es prisionero de la sucesión lógica de su discurso y el lector no puede introducirse en él. Ha de conformarse con lo que le dan. El curso del autor no puede ser cortado, enriquecido, rectificado, repensado por la pregunta. La atención del lector no puede ser socorrida por la aclaración, la puntualización, la corrección dialéctica en el discurso que lee. El saber libre —fruto de mil contradicciones resueltas o certificadas— sólo es completamente enriquecedor para el que lo da y para el que lo recibe, en la relativa y fecunda discontinuidad, apertura e informalidad del diálogo oral, real y vivido. Así parece que lo pensaron los griegos y los árabes y hasta los cristianos medievales, para no hablar de los Orientes remotos, y en algún modo se ha seguido pensando después de crearse la facilidad para fijar y extender el producto intelectual. La imprenta, sin embargo, ha complicado o simplificado las cosas al convertir al intelectual en el servidor de su ritmo productivo, imponiendo soledad y prisa al oficio literario. Si con imprenta inventada antes que la literatura —lo que es demasiada hipótesis— no hubiera aparecido el verso, instrumento nemotécnico para la retención de los relatos y servidor de la música, con la imprenta imperativa e industrial, no hubieran nacido la filosofía ni la ciencia. ¿Quién responderá si no le preguntan? ¿Quién hubiera inventado solitariamente el preguntar? Por supuesto que hoy no podemos imaginar que unas ideas o unas formas expresivas estén a «punto» sino cuando, pasada su generación dialógica, se fijan en el texto repensado y escrito. Pero la investiga-

ción y enseñanza orales, por diálogo, parecen aún más vivificantes que las que dan bibliotecas y auditorios de mera recepción. Lo que se escribe fija lo que se ha hablado y discutido, aunque haga falta luego la retirada a la soledad para que la conclusión madure y el texto se concrete. Por supuesto. Como es obvio que a cierto nivel de enriquecimiento cultural el diálogo con los vivos se complementa —y en algún caso hasta se suple— en el diálogo con los muertos: El estudio, la lectura. Así el hacer intelectual es un vasto coloquio con los que fueron y con los que son, siendo los primeros más susceptibles de elección y también más numerosos e importantes. Pero el toque de poner tanto lo recibido como lo pensado e incluso —y quizá, sobre todo— lo pensable «sobre la mesa» coloquial, es toque de vida sin el cual toda comunidad intelectual languidece.

Por eso cuando los jóvenes hablan de haber tenido o no haber tenido maestros se refieren sobre todo al comercio entre vivos, ya que las bibliotecas siempre han estado llenas de maestros muertos o retirados.

Bien. Decía que desde 1940 Luis Rosales ha tenido encendida la vela del diálogo, tan docente como discente, del diálogo investigador con preguntas y respuestas, para quien haya querido aprovecharlo. En el campo de la literatura, su casa, la de Vicente Aleixandre y la de Dámaso Alonso —más distraído éste en trabajos personales, cátedras sentadas y viajes misioneros— han sido los hogares más vivos de la vida madrileña. Quien no les deba alguna iluminación a estos maestros, que levante el dedo. Y ninguno tan pródigo, torrencial, cuestionante, ávido de temas, impaciente de revelaciones, necesitado de ensayar en oídos jóvenes o maduros sus constantes inquietudes y sus presentes hallazgos como Luis Rosales: El poeta, el erudito, el pensador y, sobre todo, el crítico-creador, que es al que principalmente nos referiremos en este trabajo.

Pero hay que advertir que se dan hombres fraccionados y hombres juntos. En los primeros se aíslan las facetas activas de la personalidad, sin que las unas —cuando no se reducen especializadamente a una: los sabios tontos— denuncien la existencia de las otras. En los segundos, las facetas están, como los espejos, en el interior de un prisma, pres-tándose imágenes, con todo lo que en ello arriesga confusión, pero también con todo lo que añade riqueza. En Luis Rosales, por ejemplo, hombre muy junto, nunca se logrará desenlazar al poeta del crítico, del erudito, del pensador y hasta del hombre que hace y acumula su vida en un depósito fontanal. El fuerte acento autobiográfico, confesional, intimista, de todo escrito de Luis Rosales será la primera nota de su estilo. Acaso porque el poeta-hacia-adentro-de-sí es, en su caso, como en todo caso genial, un verdadero invasor o totalizador. Sin

este dato sería difícil comprender el estilo de la crítica literaria ejercida por Luis Rosales, en el hablar de cada día o en los textos resultantes de su mucho hablar, leer y pensar sedimentados en la soledad laboriosa. Es el estilo creador o concreador, que no se limita ni a valorar —empeño menor de la crítica— ni a desvelar y poner en claro —empeño específico—, sino que le obliga a potenciar lo que examina, haciéndose así autor—coautor—de lo que está criticando.

Figuran entre los libros de crítica de Rosales un breve y provisional ensayo sobre el lenguaje, una recopilación de notas sobre el sentimiento del desengaño en el Barroco y sobre la poesía contemporánea, un estudio sobre la muerte del conde de Villamediana y su *Cervantes y la libertad*, enciclopedia de las meditaciones de veinte años de su vida sobre todo lo divino y humano. Es en este último libro donde el carácter potenciador y concreador de su arte crítico aparece más evidente y exaltado. En el *Cervantes* de Rosales hay, como suele decirse, una mina. Y porque es una mina, su explotación es laboriosa. Lo que quizá explica —sin descontar la mezquindad ambiente— la mucha pereza con que hasta ahora se han acercado a sus riquezas los que podían y debían hacerlo, aunque, sin duda, no han faltado «calas» furtivas, pues no dejan de circular por ahí ensayos menudos o artículos al vuelo que denuncian expropiaciones parciales. Pero esa dificultad debería ser vencida porque no conozco —y creo llevar leído lo mejor que sobre la materia se ha escrito— fuente más iluminadora del escritor de los escritores que la encerrada en el grueso, mal organizado y fascinante libro a que me estoy refiriendo.

Naturalmente no podré ser yo, aquí y ahora, quien intente acometer la empresa de dar noticia suficiente, de desvelar en todas sus dimensiones el fundamental trabajo de Rosales. Me faltan, por una parte, capacidades de especialista. Me falta, sobre todo, espacio para semejante empeño. Un artículo de revista, por extenso que sea, no puede pasar de iluminar o descubrir alguno de los aspectos de una obra tan compleja y tan rica. Habrá que limitarse e intentar examinar en él, casi exclusivamente, aquel modo crítico aludido que, si no es rigurosa invención de nuestro poeta, alcanza en él un punto de intensidad y altura que le hace valer como si lo fuera.

Para hacerse entender, Rosales ha tenido que anteponer a su trabajo un ensayo que podríamos llamar filosófico sobre la libertad. Se trata de un libro aparte, cuyas conceptualizaciones son indispensables para desembarazar al autor de todo escrúpulo de ambigüedad en el estudio de la personalidad de Cervantes y del carácter intencional de su obra maestra. Intencionalidad de la que Rosales elimina todo concurso de azar o fortuna indeliberada, mediante el análisis riguroso de

las obras precedentes y concurrentes del mismo autor. Este libro-proemio lleva ya interpolaciones que pudiéramos llamar líricas—es frecuente el recurso de ejemplos autobiográficos e intimistas usado por Rosales para reforzar imaginativamente el sentido de sus análisis— que más de una vez desconciertan, pero que revelan la unidad de la obra rosaliana. Quizá sin ese «pórtico» teórico, el acceso al cuerpo de la obra hubiera sido más cómodo y el libro más ligero y fácil de utilizar. Otro tanto pasa con algunos de los complementos o fundamentos que el autor sitúa al final de la obra, alguno de ellos polémico, que apuntan siempre a la dirección del tema principal que se asigna a la obra cervantina, la libertad, pero que nos distraen de los lobros del estilo y del nivel concreador, dominante en el libro, en el que Cervantes revive por que se hace más claro el sistema de sus operaciones imaginativas, de sus recursos expresivos y, en definitiva, de su estilo literario.

Rosales cumple ese triple empeño con método y desorden, lo que no es paradójico, pues si el método nace de un sobrante de lucidez—sobrante hecho empeño—que le obliga a ir «por partes» con inevitables «vueltas» o repeticiones, el desorden nace de la colmenera avidez que multiplica las ocurrencias, hace innumerables las exploraciones discursivas de caminos laterales en busca de intuiciones no fáciles de integrar en la línea discursiva y, en general, derrama al autor por todo el campo de los asuntos humanos a los que Cervantes se acerca o a los que Rosales—mayéuticamente—le obliga a acercarse. Esto es, naturalmente, riqueza. Y para gozarla hay que ser pacientes. Como hemos de ser pacientes cuando nos sentamos en casa de Luis Rosales ante la botella de «103» con toda la noche por delante para que el poeta-enjambre nos lleve por todo el campo de la realidad a pinzar con él lo florido y lo espinoso hasta que la conversación va estrechando sus círculos para centrarse en el punto de ahondar tan hondo que sólo salimos de él al amanecer, excavando por los puntos suspensivos del agotamiento al cabo de los cuales el explorador infatigable nos despedirá diciendo: «Bueno, pero de esto hay que hablar...» Y al llegar a casa los que seguimos hablando hacinadoramente somos nosotros, ya solos, descubriendo como miel nutritiva el poso unificado de tan larga exploración.

En su obra crítica de mayor empeño—su Cervantes—Rosales parece seguir un método que no casaría bien con lo que venimos diciendo. En efecto, a la cabeza del libro figura una proposición afirmada sin vacilaciones y que el libro entero habrá de demostrar y desarrollar: El tema central de la obra cervantina es la libertad, «la libertad es el eje mismo del pensamiento cervantino». Otros autores han señalado